

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia



Subscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 7.50 id.—La subscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.
Redacción, Mayor, 24.—Administración, Mayor, 46.

Condiciones.—El pago será adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales: París, Mr. A. Lorelle, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.—New-York, Mr. George B. Fitz, 21-Park Row.—Berlin, Rudolf Masse, Jara-platz-Straße, 46-49.—L.º correspondencia al Administrador

Negociaciones franco-alemanas

La opinión inglesa.

"Le Temps", publica los siguientes interesantes informes respecto á la opinión de Inglaterra sobre las negociaciones seguidas entre Francia y Alemania, las cuales, si reflejan, como parece, el verdadero juicio Británico, merecen ser, más que leídas, meditadas.

Dice "Le Temps":

"Comienza á preocupar aquí el movimiento de protesta que se dibuja en Francia contra la cesión á Alemania de una parte del Congo, á cambio del protectorado francés en Marruecos. Este movimiento, bien mirado, encuéntrase justo. Reconocerse que el espíritu cominerio de que la diplomacia alemana ha dado pruebas durante las negociaciones, debía á la larga, producir cierta desconfianza, si bien se admite que hubiese sido posible llevar, ó ensayarla al menos, de otra manera las negociaciones.

Volviendo al principio de la penetración pacífica ateniéndose estrictamente al acta de Algeciras, recordando la expedición de Fez, y rechazando toda idea de protectorado, hubiera podido evitar Francia toda cesión territorial.

Pero desde el instante en que el Gobierno ha preferido el método de las realidades inmediatas que no es quizá el peor—que ha dejado en Fez el cuerpo expedicionario, y que ha negociado con el Gobierno alemán sobre la base del protectorado, á cambio de concesiones territoriales, se considera aquí que es ahora demasiado tarde para volver sobre lo que se ha convenido, á menos, naturalmente, que se llame al Cuerpo de ocupación.

El Gobierno inglés—se nos hace notar—ha sostenido hasta ahora realmente á Francia, no sólo atendiéndola á sus compromisos, sino porque ha reconocido que el derecho estaba de su parte; pero si volviendo sobre su decisión, pretendiese reducir considerablemente las concesiones territoriales antes acordadas, el Gobierno inglés tendría que persuadir á la opinión pública de que hay una falta en la palabra y le sería difícil sostener á Francia enérgicamente.

Reflexiones análogas pueden oírse, con palabras más ó menos encubiertas, en los centros oficiales. En el gran público, donde se ignora aún la real importancia del movimiento que

se produce en Francia, no se ve en las protestas que allí levanta la cuestión de las compensaciones territoriales más que un simple regateo, y no hay otra clase de preocupación. Sería bueno, sin embargo, que este juego no se prolongara más tiempo.

Una persona bien informada sobre el estado de la opinión inglesa, me hace notar que el discurso de Lloyd George nos hizo olvidar los verdaderos sentimientos del público británico, el cual no se cuida más que muy superficialmente de los asuntos marroquíes.

La expedición de Fez y el incidente de Agadir, vinieron á turbar su quietud y á impedirle ocuparse tranquilamente de sus negocios interiores y de las reformas sociales. Se ha experimentado con ello algún disgusto, y aún cuando, como es natural, esto no ha impedido el comprender la seriedad del asunto, protestar contra las inadmisibles exigencias de Alemania y arriesgar una nueva tensión en las relaciones anglo-alemanas su más vivo deseo hoy como el primer día, es verse desembarazado cuanto antes de cuestión tan enojosa.

Aunque no ha seguido en sus detalles la negociación franco-alemana, sabe vagamente que, en cambio de las compensaciones en el Congo, Alemania ha consentido en el establecimiento del protectorado francés en Marruecos, como antes hizo Inglaterra, á cambio de compensaciones en Egipto.

Si ahora se dijese que hay que comenzar de nuevo; que Francia, creyendo ha sido engañada, rehusa pagar á Alemania el precio convenido, el público no lo comprendería, se vería muy hondamente contrariado, y no lo ocultaría. Si las negociaciones tuvieran que proseguirse sobre estas bases, yo creo que, á pesar de toda la buena voluntad del pueblo inglés, no podría esperarse aquí un nuevo discurso de Lloyd George."

López Domínguez

Madrid 18-9 m.

En las primeras horas de la madrugada de hoy ha fallecido el capitán general don José López Domínguez.

Al comunicarle la noticia el señor Canalejas á S. M. el Rey, éste envió seguidamente á casa del finado uno de sus ayudantes para dar el pésame á la familia del ilustre general.

Se cree que el entierro no podrá ve-

erse hasta el jueves, pues es necesario publicar antes en la "Gaceta" el oportuno decreto, disponiendo los honores que se tributarán al cadáver.

Parece que serán los de capitán general con mando en plaza.

Se ignora todavía si el cadáver será expuesto al público en el Senado.

A los lectores

En la Peña Liberal Conservadora, Mayor 40, se ha montado una oficina electoral, donde se facilitarán datos á quienes los deseen.

A una joven en capilla

¿Por qué me pides consejo?

¿Casarte á la fuerza quieren?

¿Te revelas, más tus padres,

lo mandan y tú obedeces?

Es antipático y soso

y feo tu pretendiente,

y aunque desees amarlo,

en cuanto lo ves, no puedes.

Es bizco sin gracia alguna,

y nunca mira de frente,

y su nariz es tan grande

que se la suena en seis veces.

Es su boca más cocinera,

que la posada del Peine,

y sus flácidas orejas,

son densifladas, dos fuelles.

Habla de prisa en voz baja,

y á lo mejor se detiene,

y ya no rompe en media hora,

mientras no lo zarandeen.

Si chillá y se descompone,

tuje y gorjea en falsete

y es una sarta de gallos,

de sus iras el torrente.

Si de pronto se incomoda,

chorrean sus negros dientes

y los ojos se le inflaman,

y las venas se le encienden.

Cuando canta desahoga,

y si no se calla, llueve,

y si come, le dá el hipo,

y si se lo cortan, muerde.

Ay! Si te coje la mano,

y dejas que te la bese,

de fiyo te la embadurna,

de sobra te la humedece.

Ay! Si se casa contigo,

y empieza á soltarte mieles,

morrás de repugnancia,

si del susto no te mueres.

Y si tenéis sucesión,

van á salir unos nenes más espantosos que Picio y más licuargos que Lepe.

Antes de entregarte tus gracias á un chico tan indecente, envenénate con fósforos ó crónicas de Percebe.

Mas no te mates: tu novio con bimba y levita viene, y más que á opuntio proceder á un bayalta se parece.

Es un manecbo muy rico, y fuerza es que te consueles con peluconas, luises,

libras, dollars y centenes. "Contigo pan y cebollas," es adagio mal oliente.

"Faisán y salmón contigo" es un plato que conmueve.

X. Y. Z.

DE PORTUGAL

Madrid 18-9 m.

Dicen de Portugal que se hacen muchos comentarios acerca de la muerte repentina de cinco oficiales de aquel ejército que estaban señalados por los carbonarios como sospechosos monárquicos.

La noticia ha causado revuelo enorme en el Ejército.

Se dice que los oficiales han sido envenenados.

Por Lisboa corre el rumor de que en el último Consejo de ministros celebrado, se acordó el licenciamiento de toda la oficialidad del Ejército, considerada como sospechosa.

Amarillo y Rojo

FANTASÍA

Se oían lejos, muy lejos, los disparos de la fusilería y la voz atronadora del cañón que rasga el aire con su acento de muerte y resuena en las oquedades de la sierra como gemido de piedad unas veces, como lamento desesperado otras.

El sonido de la corneta tocando á paso de ataque llegaba á mí como el grito que excita á la pelea, que empuja al combate, que convida á la muerte; el fragor de la batalla, que cesaba al declinar la tarde tras los montes, subía á lo alto con las últimas miradas de las flores al sol moribundo, con los vapores de la tierra ensangrentada por el rudo luchar de los dos ejércitos, ansiosos de sacar victoriosa la bandera; con los estertores agónicos de muchos he-

ridos en el campo del honor, con la última palabra del que, tal vez esclavo de los caprichos de los hombres, confió su derecho al injusto derecho de la fuerza y muere sólo, abandonado hasta de aquellos que lo llevaron á perder una vida cuando jes tan hermoso vivir en la aurora de la existencia!

Allí un muerto, y otro, y otro, y otro, cubiertos de sangre todos, con un gesto de desesperación pintado en la cara ennegrecida por el humo de la pólvora; aquí los gritos de dolor de los que sucumben á las heridas abiertas en la carne joven, potente, llena de vigor; á un lado el resollar de un caballo que lucha con la muerte, más allá un quejido, un lamento, un jay! infinito que nunca termina, una execración, un juramento.

Aún veía el cuadro indescriptible de la batalla, y no se apartaba de mi mente la cara feroz del enemigo que rasgá mi pecho con la bayoneta ensangrentada y aguda. Allí estaba junto á mí, durmiendo el sueño eterno en que le sumí, en las ansias de conservar la vida que se me escapaba por la llaga abierta.

Ya apenas veía; los ruidos llegados á mí confusos é indeterminados, parecía hundirme en un letargo que solo en escenas de muerte me hacía soñar.

En el delirio de la fiebre me imaginaba aún las alturas que como inmóviles gigantes cercan á Vitoria, coronadas de aquellos ejércitos que Napoleón capitaneara soñando en un triunfo que se convirtió en derrota formidable; y me figuraba las pobres aldeas de Álava, tendidas en el llano como mansas ovejas en el monte, presas de las águilas de Francia, que, en su voraz rapiña al querer volar alto, muy alto, cegaron ante el sol de la España, que la deslumbró con sus vividos reflejos de gloriosa luz.

Y recordando las escenas del combate, la toma heroica de las alturas de la Puebla; el paso del Zadorra por las tropas españolas entre el cañonear incesante desde Jándiz, del francés; la conquista á fuerza de sangre y de valor de los puentes de Gamarra y Arriaga, el ataque decidido y enérgico á las alturas de Araca, también por el capitán del siglo, flameó ante mis ojos, nublados por la lucha con la muerte empeñada, un trapo amarillo y rojo, envuelto en ráfagas de gloria, vapores de sangre y humo de pólvora, que al azotar las ondas de aire, escribía páginas inmortales que se llaman Madrid, Bailén, Zaragoza, Gerona, Talavera, Arapiles.

Y la palabra independencia atronaba mis oídos más que el fuego de los fusiles y el rugir del cañón, y por oír-la como entonces, sonando siempre altiva, pujante y victoriosa, hubiera dado aquellos últimos alientos de la vida que se me escapaba y con ella otras cien si las hubiese tenido.

Luego... una oleada roja subió á mi rostro cadavérico; pensé que cuanto enorgia guarda un pueblo, debe destinaria á condenar las luchas civiles, malditas siempre y á rechazar en cambio al invasor extranjero que amenaza con su planta aplastarnos.

Ya á punto de morir, más con el deseo que con la vista, desde una pequeña eminencia, allí donde fui herido, veía al ejército francés caer sobre Vitoria en vergonzosa retirada y parecíame escuchar la alegría de un pueblo, de Vitoria, que se entrega loco, frenético, á las satisfacciones del triunfo en vez de mirar el saqueo, el incendio y la destrucción. No sé qué rumbos que el viento traía entre sus alas, arrulló los comienzos de mi eterno sueño, diciéndome al oído un nombre de un vitoriano inmortal: Miguel Ricardo de Álava y una fecha gloriosa: 21 de Junio de 1813.

En aquel pabellón que vi flotar al aire, lucía ya otro nuevo triunfo: el de la batalla de Vitoria. Y figurádomme á los franceses repasando en su derrota los Pirineos y cediendo en sus empeños de conquista, al ver el horizonte teñido en sus últimos tonos crepusculares de grana y oro, me pareció que en el suelo de la patria se extendía la bandera española y con el último hábito de vida, grité reconcentrando toda la fuerza de la voz: ¡Viva España!

HERMINIO MADINAVEITIA.

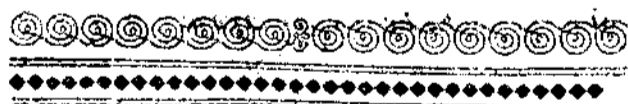
Teatro Principal

Hay el mayor entusiasmo para ir á ver la función que el día 20 se celebrará en este teatro.

El Sr. Migliozzi, amable como siempre, se ha prestado á interpretar un importante papel en el sainete "El contrabando" y que lo hace admirablemente, y en "La Gente seria" cantará la parte de diablo solista.

Es un aliciente más que tiene esta representación y que hará que el público salga satisfecho de la velada.

Enterado el Monarca les perdonó su rebeldía y



—Tenéis señor soldado,—gritó la vieja con viveza—no disparéis por Dios.

Y despojándose del manto las devanaderas que prolongaban su estatura, continuó:

—Me gusta vuestro arrojo, caballero; seguidme y me diréis lo que ofrecerse puede al más gorrido de los hombres, que pronta estoy á complaceros; y no dudeis que ha é cuanto queráis con buena fe y fi me voluntad, pues un mezo cual vos no ha venido aquí nunca...

—Calle la vieja bachelera y gufe á un hidalgo hasta su inmundado nido,—le interrumpió el soldado bajando el pedregal.—Y con te,—continuó,—que no gusto de halgos de horribles estantiguas como ella, que esty y muy haro de escucharlos de las más nobles y graciosas damas.

—Bajad, bejad, hidalgo,—contestóle la vieja muy solícita,—que tal haré por complaceros que me habréis de irarar de otra manera.

El hidalgo bajó tras de la vieja por un estrecho caracol de piedra que daba paso al subterráneo. Una vez en el fondo de la gruta, vio Yeste una foto escentre claridad que pasaba á través de las dos aberturas ocularas de una regreza calavera en cuya parte superior había un trozo de pie; poblada de cabellos repugnantes.

—¿Sabéis, vieja maldita,—le dijo el giganteco

CAPITULO XXI.

Continuación del anterior

No bastó la piedad del capitán Alonso de Lizana descendiente del santo anacoreta, para borrar la tética impresión que causaba aquel sitio; antes bien la agravó. A principios del siglo XVI hizo erigir aquél Hidalgo una marmóreas cruz que bendijo el obispo Don Juan D. z, y á poco un rayo mutiló la cruz.

Ta era pues el sitio que con la más astuta previsión había elegido Ceferina, y al cual hacía acudir secretamente á los que le buscaban para saciar su sed de lúbricos amores, para dar pasto á la su-

Al toque de rebato los muros se cubrieron de guerrero, pero el alcalde de la plaza llamado D. Rodrigo de Altaga, temiendo una acechanza de los moros se negó á dar auxilio al ermitaño, y presentó imposible en las almenas el drama espeluznante de la ermita.

Los gritos arreaaron, mezcándose los ayes de dolor del mise o ermitaño, con los salvajes gritos de los moros. Entraron éstos en la ermita, abatieron la imagen de su culto, la maltrataron impiamente y cometieron mil torpezas.

En cuanto al ermitaño, le dieron el martirio más tremendo, y entanto, los cristianos permanecían en la inacción, pues aunque pretendieron la salida para embestir á la morisca grey y vengar al piadoso anacoreta, se la negó el alcalde de la plaza.

Para poner el colmo á sus maldades, los desalmados moros dieron fuego á la ermita, y á poco los cristianos vieron que se elevaba en el espacio una voraz hoguera, cuyas lenguas de fuego lanzaban maldiciones sobre el pueblo, que cobarde y cruel, dejaba abandonado al ermitaño.

Llegó después, aunque muy tarde, el arrepentimiento.

Se rebelaron los cartageneros contra la autoridad del miserable alcalde que refrenó cruel el noble impulso de sus piadosos corazones.

Enterado el Monarca les perdonó su rebeldía y